TEMES

Cercles. Revista d'Història Cultural 16/2013: 123-145 ISSN: 1139-0158

DESPOJOS DESPOJADOS. LOS INTENTOS DE REPATRIACIÓN DE LOS RESTOS DE ANTONIO MACHADO DURANTE EL FRANQUISMO

Javier Muñoz Soro
Universidad Complutense de Madrid

RESUM. En la dictadura de Franco (1939-1975), la idea del «intelectual» fue mucho más allá de un individuo o colectivo social para convertirse en un imaginario cultural de profundo contenido político, por lo que permaneció en el centro de los conflictos dentro de la coalición en el poder. La figura de Antonio Machado centró como ninguna otra esos conflictos simbólicos y de legitimidad, tanto entre proyectos políticos dentro del régimen como entre este y la oposición antifranquista en el exilio, y, cada vez más, en el interior. De ahí el interés del régimen por la repatriación de los restos del poeta, enterrado en Francia, frustrada por la oposición familiar pero también por la propia ambigüedad de esos intentos de apropiación por parte del franquismo. En el presente texto, dichos intentos de traslado de los restos de Antonio Machado se analizan a través de documentación hasta ahora inédita.

PARAULES CLAU. España, franquismo, Antonio Machado, intelectuales, antifranquismo.

ABSTRACT. In the Franco dictatorship (1939-1975) the idea of "intellectual" went far beyond an individual or social group to become a cultural consciousness with deep political content, thus it remained at the centre of conflicts within the ruling coalition. The figure of Antonio Machado focused like no other these conflicts of symbolism and legitimacy between political projects both within the regime, and between this and the anti-Franco opposition in exile and, increasingly, at home. Hence the interest of the regime in the repatriation of the remains of the poet, buried in France, which was frustrated by the opposition of his family, but also by the ambiguity of these attempts at appropriation by the Franco regime. In the present

text, these attempts to transfer the remains of Antonio Machado are analysed through hitherto unpublished documents.

KEY WORDS. Spain, francoism, Antonio Machado, intellectuals, anti-francoism.

Introducción

Durante la dictadura franquista, procesos globales como la expansión del consumo cultural, el auge de los intelectuales «comprometidos» y la hegemonía cultural de la izquierda en amplios sectores sociales, particularmente entre las nuevas generaciones, se combinaron con otros procesos endógenos determinados por la naturaleza del régimen político y la ruptura determinada por la guerra civil y la posterior represión. La ideología franquista –pues considero que existió como tal, frente a las interpretaciones historiográficas del régimen como una «cáscara vacía»[1]– compartió con los fascismos contemporáneos su escasa proclividad a la sistematización teórica y su aversión hacia la figura del «intelectual» en nombre del pragmatismo político y del vitalismo filosófico.[2] No por ello, sin embargo, los fascismos renunciaron a combatir esa «guerra de intelectuales» que caracterizó al primer tercio del siglo XX, en una movilización sin precedentes de la cultura en pos de objetivos políticos que simbolizó, como ninguna otra, la propaganda de guerra.[3] De ahí que durante el *ventennio* fascista surgiera en Italia toda una joven generación de intelectuales militantes, reunidos en una constelación de nuevas revistas e instituciones culturales.[4]

El franquismo, como sabemos, enfatizó aún más su discurso antiintelectual por varios motivos, entre los cuales se encontraba su victoria

[1] En la línea de Juan José LINZ, «Una teoría del régimen autoritario. El caso de España», en Manuel FRAGA (comp.), *La España de los años setenta. III. El Estado y la Política*, Madrid, Moneda y Crédito, 1974; o Javier TUSELL, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984.

[2] Giovanni BELARDELLI, *Il Ventennio degli intellettuali. Cultura, politica, ideología nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 2005, pp. 3-4.

[3] Alejandro PIZARROSO QUINTERO, *Historia de la Propaganda. Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra*, Madrid, Eudema, 1990; Irene DI JORIO, *Tecniche di propaganda politica. Vichy e la Légion Française des Combattants (1940-1944),* Roma, Carocci, 2006; Peter KENEZ, *The birth of the propaganda State. Soviet Methods of Mass Mobilization, 1917-1929*, Cambridge University Press, 1985.

[4] Gabriele TURI, *Lo stato educatore. Politica e intellettuali nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 2002.

sobre la llamada «República de los profesores», su menor necesidad de recurrir a instrumentos de persuasión y consenso cultural, precisamente por la naturaleza bélica de su origen, y el peso que tuvieron dentro de la coalición victoriosa los militares y la Iglesia católica, enemiga del intelectual como responsable último de la «muerte de Dios» y la secularización del mundo moderno. Como ha escrito Irene Moreno, no se trató de discursos circunstanciales, porque el antiintelectualismo «formó parte, y con especial intensidad, de la cultura política del franquismo».[5] De ahí que estuviera en el centro del enfrentamiento entre los dos proyectos nacionalistas conservadores surgidos durante los breves años republicanos y desarrollados a lo largo de la dictadura: el falangista y el católico. Los dos compitieron por tratar de imponer su interpretación del régimen, sus orígenes –el llamado «espíritu de 18 de julio»– y su futuro, al mismo tiempo que definían sus señas de identidad y acumulaban el capital simbólico necesario para dar legitimidad a sus pretensiones políticas dentro de un sistema poco perfilado institucionalmente y todavía en construcción.[6]

En ningún caso, eso significa que no pueda hablarse de intelectuales franquistas.[7] Los hubo en todas las facciones, más allá de su relativa valía individual y del balance global de su aportación a la cultura española, que es otro debate. El conflicto surgió justo en torno a la definición de qué constituía esa «cultura española», considerada desde una perspectiva esencialista y nacionalista, su vinculación o no a un legado secular anterior a la guerra, su continuidad respecto al proyecto liberal regeneracionista o la integración de una parte de la cultura de los vencidos.[8] En dicho conflicto, hubo intelectuales que se reconocieron como tales por la naturaleza de la

[5] Irene MORENO, «Pensar es sospechoso. El antiintelectualismo oficial durante la posguerra franquista», en *Actas del X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Santander, 2010 (http://www.ahistcon.org/docs/Santander/contenido/MESA%2012%20PDF/Irene%20Moreno%20Moreno.pdf).

[6] Ismael SAZ, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

[7] Mario MARTÍN GIJÓN, *Los (anti)intelectuales de la derecha en España*, Barcelona, RBA, 2011.

[8] Ferrán GALLEGO, «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años cuarenta», en Ferrán GALLEGO y Francisco MORENTE (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa (1914-1956),* Barcelona, El Viejo Topo, 2011; Roger GRIFFIN, *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Hitler y Mussolini*, Madrid, Akal, 2010.

misión que se habían propuesto, como los del grupo falangista reunido en la inmediata posguerra en torno a la revista *Escorial*, herederos del nacionalismo regeneracionista finisecular, pero enfrentados dentro del propio falangismo con el sector más católico –el representado, por ejemplo, por el periódico *Arriba España* de Pamplona–, que identificaba secularismo con secularización y que acabaría imponiéndose en un partido ya definitivamente «catolizado».[9]

Esos ultracatólicos falangistas compartirían con los nacionalistas monárquicos, no menos católicos y reaccionarios, un discurso antiintelectualista dirigido sobre todo a los intelectuales liberales, a la generación del 98, al «descreído» Ortega y Gasset, a la Institución Libre de Enseñanza (ILE) –«artefacto diabólicamente dispuesto para dar al traste con el sentido cristiano y español de nuestro pueblo»– y a los intelectuales republicanos, socialistas y ateneístas como Fernando de los Ríos, Azaña y otros «judaicos y marxistoides».[10] En su conocido alegato contra «los que, desde hace años, se llaman a sí mismos, pedantescamente, "intelectuales"», el doctor Enrique Suñer los señalaba como máximos inductores de la tragedia, ya que, «por ser los más inteligentes y más cultos, son más responsables».[11] Semejante «ira sagrada» contra la inteligencia no se limitó a la polémica, sino que tomó la forma de una amenaza violenta cuyo alcance y destinatarios eran tan genéricos que casi nadie podía considerarse a salvo. Pero la advertencia del doctor Suñer, quien pronto pasaría a presidir el Tribunal de Responsabilidades Políticas, no dejaba lugar a dudas: «Es menester, con la más santa de las violencias, jurar ante nuestros muertos amados la ejecución de las sanciones merecidas».[12]

Esta tensión entre un vitalismo irracionalista –una de cuyas expresiones más conocidas fue su negación, es decir, el culto a los «caídos»– y la exigencia de una construcción cultural que pusiera a disposición del «Nue-

[9] Laín es tachado de «intelectualoide» en «Última palabra sobre *Cruzada Española*», *Arriba España*, 8/2/1942, p. 1; «Nuestro 68 editorial contra los intelectuales y el 98», *Arriba España*, 18/1/1942, en José ANDRÉS-GALLEGO, *¿Fascismo Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941,* Madrid, Encuentro, 1997, pp. 252-254.

[10] Constancio EGUÍA RUIZ, *Los causantes de la tragedia hispana. Un gran crimen de los intelectuales españoles. Una lección de alarma y escarmiento*, Buenos Aires, Editorial Difusión, 1938, p. 15.

[11] Enrique SUÑER, *Los intelectuales y la tragedia española*, Madrid, Editorial Española, 1937, pp. 6 y 200.

[12] *Idem*., p. 6.

vo Estado», vencedor por las armas, una legitimidad racional junto a una serie de ideas más o menos sistematizadas y unos principios jurídicos e institucionales caracterizó al franquismo al igual que a los regímenes fascistas.[13] Durante los primeros años, los intelectuales y publicistas, a través de sus medios de acción, y en particular las revistas, se lanzaron esperanzados al horizonte plagado de promesas que se abría ante su pasión política, mientras su discurso apodíctico iba marcando las fronteras entre las que discurría la inclusión –la identidad del nosotros– y las exclusión de los otros, los enemigos. Sin embargo, con la derrota de las potencias del Eje en 1945, cobraron mayor importancia estratégica las plataformas más burocratizadas de acción cultural fundadas en la inmediata posguerra –los *think tank*, diríamos hoy–, como los institutos de humanidades del CSIC, el Instituto de Estudios Políticos o el Consejo de la Hispanidad, luego Instituto de Cultura Hispánica. En estas nuevas instituciones y en las universidades, los intelectuales se convirtieron en funcionarios al servicio del «Nuevo Estado», sin ninguna capacidad crítica frente a él, pero sí con autonomía dentro de ciertos límites para debatir las respectivas propuestas.[14] Aun así, algunas publicaciones en cuyas páginas muchos de ellos habían nacido a la vida intelectual antes de la guerra, como *El Debate* o *Acción Española*, nunca volverían a ver la luz.

Como sabemos, la difícil coyuntura planteada en 1945 con la condena a España por parte de las Naciones Unidas y la retirada de embajadores otorgó un papel político muy relevante al grupo de intelectuales universitarios de Acción Católica, sobre todo a la elitista Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP). El régimen marcaba así las distancias con el totalitarismo fascista y, de paso, aprovechaba las buenas relaciones de la ACNP con el mundo católico internacional y con la Santa Sede, la cual salía reforzada de la guerra pese a su ambigua –como mínimo– posición respecto al fascismo.[15] El éxito del «propagandismo» católico en la consolidación del régimen a partir de 1948 y durante la primera mitad de los años cincuenta, favorecido por la nueva coyuntura internacional de la guerra fría, pero, al mismo tiempo, su relativo fracaso a la hora de llevar adelante su

[13] Emilio GENTILE, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993.
[14] Mario ISNENGHI, *Intellettuali militanti e intellettuali funzionari. Appunti sulla cultura fascista*, Turín, Einaudi, 1979.
[15] Glicerio SÁNCHEZ RECIO (ed.), *La Internacional católica. Pax Romana en la política europea de posguerra*, Madrid, Biblioteca Nueva-Universidad de Alicante, 2005.

propio proyecto de institucionalización, permitió una revitalización del debate intelectual entre los dos proyectos políticos que recogían, al definir ahora más sus contenidos y perfiles, aquellas visiones en parte contrapuestas al «Nuevo Estado».

Gracias a excelentes estudios como los de Santos Juliá,[16] conocemos bien los términos de la polémica de los años cincuenta, en la cual, una vez más, la idea del intelectual estuvo en el centro. De hecho, representaba mucho más que una categoría social: se había convertido en la metonimia de todo un imaginario político y cultural. Así, para el grupo de intelectuales falangistas reunidos de nuevo por el católico «propagandista» Joaquín Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación Nacional, la reivindicación intelectual fue una de las claves de su proyecto nacionalista de relegitimación social de la dictadura frente a la interpretación más reaccionaria defendida por amplios sectores del poder.[17] Por el contrario, las diatribas antiintelectuales de medios como *El Español*, dirigido por el falangista Juan Aparicio, órgano del Ministerio de Información y Turismo de Arias Salgado, o de los intelectuales monárquicos vinculados al Opus Dei, que llegarían a acusar a esos «nuevos liberales» exfalangistas de traición, se encuadraban en una denuncia a *tout court* contra el liberalismo, el republicanismo, la Institución Libre de Enseñanza (ILE) y cualquier intento de secularizar la tradición cultural española.

Pero no solo se trató de oponer tradición a revolución, por más que esta fuera conservadora, ni esencia espiritual a racionalidad intelectual en los términos ya utilizados por Burke en el siglo XIX para defender la renovación ordenada dentro de la continuidad como fundamento de legitimidad de las instituciones contemporáneas.[18] El pensamiento nacionalcatólico tuvo su propio proyecto de modernidad, que acabaría culminando a finales de los años cincuenta con la entrada en el gobierno y los puestos claves de la administración de los llamados «tecnócratas», muchos de ellos miembros del Opus Dei.[19] La reivindicación de lo intelectual discurrió entonces para-

[16] Santos JULIÀ, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.
[17] Dionisio RIDRUEJO, «La culpa a los intelectuales. A Juan Aparicio», *Revista*, n. 65, 9 al 15/7/1953.
[18] Edmund BURKE, *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, Madrid, Alianza, 2003.
[19] Carlos MOYA, *Señas de Leviatán. Estado nacional y sociedad industrial: España, 1936-1980*, Madrid, Alianza, 1984; Alfonso BOTTI, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El*

lela a aquella de lo político contra una pretendida asepsia ideológica. Tanto, que la modernidad tecnocrática y la nueva racionalidad burocrático-administrativa determinaron una reformulación de la acción política de los intelectuales que puso cara a cara no solo a la izquierda antifranquista y su cultura del «compromiso», sino también, dentro del régimen, al grupo de intelectuales falangistas y católicos aliados en el equipo ministerial de Ruiz-Giménez, y que incluso acabaría enajenando a algunos destacados intelectuales nacionalcatólicos, como Rafael Calvo Serer o Florentino Pérez Embid. De manera que estos últimos interpretaron el brusco final de la polémica cultural de los años cincuenta y el nuevo rumbo tecnocrático del régimen como una consecuencia de los «procedimientos habituales» del régimen «para eliminar la acción política»:

> […] poniendo fuera a quienes habían logrado dar cierto dinamismo a sus posiciones, especialmente Conde, Director de Estudios Políticos, a Ruiz Giménez, ministro de Educación, a Sánchez Bella, Director de Cultura Hispánica y, por último, a Calvo Serer, Director de diversos organismos culturales en el Consejo de Investigaciones Científicas y meses después a Pérez Embid, Director General de Información y Presidente del Ateneo. Todos ellos habían contribuido a darle cierta vida intelectual y política al Régimen, constituyendo un poderoso vivero para las corrientes presidencialistas, constitucional o renovadora de las instituciones, respectivamente.[20]

No deja de ser curioso que los enemigos de antaño acabaran coincidiendo en su exclusión por una política cultural franquista caracterizada por su naturaleza represiva, cada vez más a la defensiva ante la hegemonía cultural de la izquierda antifranquista, y que abogaran por una acción activa y positiva:

> La política cultural de Franco se caracteriza por su carácter negativo: la censura y el control del orden público en la Universidad. Pero no se decide por un programa positivo. El propio Franco reconoce la hostilidad de la

pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000), Madrid, Tecnos, 2005.

[20] *El Régimen de Franco ante una situación-límite (noviembre 1963)*. Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), 003/155.

> Universidad y de los intelectuales al Régimen, pero no hace nada por atraerlos, porque ni sabe, ni quiere, ni está dispuesto a molestarse por algo que a él le parece nebuloso.[21]

Hasta el conocido teórico del crepúsculo de las ideologías –entendidas negativamente como sistemas de pensamiento dogmático– avisaba de que no se trataba de renunciar a las ideas, de ahí que Gonzalo Fernández de la Mora abogara por «un enérgico rearme intelectual».[22] Años después, él mismo recordaría que, «desasistidos por los principales centros de poder cultural, público y privado, perdimos una batalla de pensamiento».[23] En la batalla de las ideas, la dictadura franquista empezaba a perder el apoyo de amplios sectores sociales: obreros, universitarios, profesionales liberales y, sobre todo, los jóvenes. Francisco Ayala se sorprendía de que «la juventud española, criada en el secuestro de un régimen deseoso de aislarla bajo su campana neumática, se muestre no obstante sintonizada, nadie sabe mediante qué mecanismo generacional, con la juventud de los demás países europeos».[24] Desilusionados por el rápido abandono de las utopías de justicia social de sus padres o hermanos mayores, perplejos ante un régimen que acentuaba sus rasgos pragmáticos para conseguir su aceptación internacional, dejados a la deriva por unos maestros que eran «de barro», como escribía Juan Benet,[25] o atormentados por el espectáculo escandaloso de una Iglesia establecida en el poder, los jóvenes empezaban su lenta pero irremediable deserción.

Antonio Machado y la fuerza (política) de la poesía

No hubo ninguna figura intelectual, si acaso con la notable excepción de Ortega y Gasset, que alcanzara durante el franquismo el poder simbólico de Antonio Machado, que intentara ser utilizada con fines políticos tan dis-

[21] *Los monárquicos y el Régimen de Franco. La situación española en el otoño de 1961*. AGUN, 003/116/006.
[22] Gonzalo FERNÁNDEZ de la MORA, «Lavado de cerebro», *ABC*, 14/3/1975.
[23] Gonzalo FERNÁNDEZ de la MORA, *Río arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 120.
[24] Jordi GRACIA, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 330.
[25] Antonio GARCÍA SANTESMASES, «¿Eran de barro nuestros maestros? (Sobre las raíces morales e intelectuales de la oposición política al franquismo)», *Isegoría*, n. 31, 2004, pp. 255-265.

tintos y que, al mismo tiempo, fuera casi unánimemente reivindicada como un auténtico «poeta nacional», semejante a los que habían formado parte del imaginario y el relato nacional de otras naciones europeas.[26]

En otros lugares ha sido narrado el «rescate» que Dionisio Ridruejo, en el vértice de su poder político «como escritor falangista, con jerarquía de gobierno», había llevado a cabo en 1940 desde las páginas de la revista *Escorial*.[27] En su prólogo a las *Obras completas* de Machado, Ridruejo hacía suyo al poeta que no solo había dado profundas muestras de su amor a España, sino que incluso «nosotros», los falangistas, «obstinadamente, le hemos querido, le hemos considerado –con la medida de lo eterno– nuestro y solo nuestro», porque «era –hasta en el vocabulario y en el estilo– del todo atribuible a nuestra fuente más pura». Un intento de «rescatar lo que más enteramente –por menos temporal y tocado de circunstancias– era honra y patrimonio de España», de «rehacer la comunidad española, realizar la unidad de la patria y poner a esa unidad al servicio de un destino universal y propio».[28] Donde las circunstancias deben entenderse por la guerra civil y la adhesión de Antonio Machado a la causa republicana, hasta su muerte en el exilio en febrero de 1939, y donde aquella integración cultural e intelectual debe interpretarse dentro de un ambicioso proyecto político de naturaleza fascista, cuyo reverso era el terror, como reconocería años después el propio Ridruejo.[29]

Esa operación no pasó desapercibida, y la edición de las *Obras completas* con el prólogo de Ridruejo en 1941 provocó fuertes tensiones en el gobierno, hasta el punto de que el general Juan Vigón llegó a exigir la prohibición del libro en un consejo de ministros.[30] Una década después sería su hermano, el también general Jorge Vigón, miembro destacado del grupo de intelectuales monárquicos herederos de la revista *Acción Española* y ministro en 1957, el que encabezaría junto a Calvo Serer los ataques co-

[26] Javier MUÑOZ SORO y Hugo GARCÍA, «Poeta rescatado, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio Machado durante el Franquismo y la Transición», *Hispania*, LXX/234, 2010, pp. 137-162.
[27] José-Carlos MAINER, *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971.
[28] Dionisio RIDRUEJO, «El poeta rescatado», *Escorial*, n. 1, 1940, pp. 93-100
[29] Santos JULIÀ, «¿Falange liberal o intelectuales fascistas?», *Claves de razón práctica*, n. 121, abril 2002, pp. 4-23.
[30] Véase Ramón SERRANO SÚÑER, *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 409-411; Dionisio RIDRUEJO, «El poeta rescatado», prólogo a *Poesías completas de Antonio Machado*, 5.ª edición, Madrid, Espasa Calpe, 1941.

ntra Ridruejo, Pedro Laín Entralgo y otros intelectuales falangistas herederos del 98 y del «problema de España». No obstante, no faltaron los intelectuales que reivindicaron a Antonio Machado precisamente desde una espiritualidad católica. Fue el caso de Concha Espina, quien pedía en 1952 un homenaje a «la pura y triste gloria de Antonio Machado, gran poeta número uno de todo un siglo», que había dado «testimonios de fe religiosa, de sobria moderación política y de humilde espíritu franciscano».[31] Los falangistas, por su parte, siguieron hablando de «nuestro poeta Antonio Machado, reconocido y proclamado amigo de Francia y, empero, desvalido y prisionero en la hora de su agonía», según escribía Maximiano García Venero en un crítica de la película *Dos caminos* (1953), dirigida por Arturo Ruiz Castillo, antiguo colaborador de García Lorca en La Barraca.[32]

En 1951, el Ministerio de Información y Turismo incluso había permitido la publicación de *Juan de Mairena*, su obra más política, prohibida en 1939 y cuya venta fue autorizada «limitando la exhibición y publicidad de la misma, la cual no podrá ser destacada en los escaparates ni anunciada fuera de catálogo».[33] Todavía en 1970, la censura, en sus informes sobre las *Obras completas* editadas por Aurora de Albornoz, señalaba que «en el espíritu noble, bondadoso y siempre explícitamente cristiano de A. Machado no es fácil encontrar otros delitos que su desorientación política y su tendencia un tanto anticlerical heredada de la Institución Libre de Enseñanza». Semejante desorientación política obligaba a suprimir, entonces, igual que en 1958, «algunas veladas o breves alusiones a enaltecer el republicanismo» a la muerte de García Lorca o Leopoldo Alas, al recuerdo de Pablo Iglesias o sobre «nuestra guerra civil».[34]

Pero no se trataba solo de redescubrir los valores nacionales y humanistas o, en teoría, cristianos de Antonio Machado, sino también de arrebatárselo al antifranquismo que, primero en el exilio y luego en el interior, había hecho del «poeta del pueblo» todo un símbolo. Aún más, su memoria serviría de puente entre el exilio republicano y la nueva oposición interior, como demostró el homenaje celebrado en Collioure el 22 de

[31] Concha ESPINA, «Alegato sentimental», *ABC*, 16/07/1952, p. 3.
[32] Maximiano GARCÍA VENERO, «Un tema nacional», *ABC*, 31/01/1954, p. 24.
[33] Informe de la Dirección General de Propaganda a Espasa-Calpe, 9/10/1951, Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares, Fondo Cultura, expediente 21/06392.
[34] Expedientes 3340 del 14/08/1970, y 3240 del 3/07/1958. AGA, Alcalá de Henares, Fondo Cultura.

febrero de 1959, organizado por el Partido Comunista de España (PCE). En él se reunieron exiliados republicanos como Pablo de Azcárate –que declaró abolida la frontera entre las «dos Españas»– y comunistas como Jorge Semprún, Francesc Vicens o Manuel Tuñón de Lara, con escritores llegados desde España como Blas de Otero, Caballero Bonald, Ángel Valente, José Agustín y Juan Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Alfonso Costafreda, Carlos Barral y Josep María Castellet.[35] Muchos de ellos volverían a encontrarse en Collioure en febrero de 1962 en otro homenaje organizado por la editorial Ruedo Ibérico, que también había vinculado su nacimiento a la memoria del poeta.[36] Allí se completaba la parábola que había llevado a esos y otros jóvenes como Isaac Montero, Jesús López Pacheco, Armando López Salinas, Gabriel Celaya, Juan García Hortelano, José M. Moreno Galván o Antonio Ferres desde las revistas del falangista Sindicato Español Universitario (SEU) –*La Hora*, *Alcalá*, *Laye* o *Acento Cultural*– a militar en el PCE o a colaborar como «compañeros de viaje» en su frente intelectual. Una parábola en la que Machado siempre estuvo presente, primero como el «poeta esencial» de *Campos de Castilla*, y, por último, como el «poeta social» de *Juan de Mairena*.

Mientras tanto, en febrero de 1959, un homenaje paralelo en la casa de Segovia donde había vivido Machado demostraba la capacidad de convocatoria de su nombre también dentro de España y su transversalidad respecto a filiaciones políticas y culturales distintas. Entre otros, firmaron el manifiesto del acto Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala, Carlos Riba, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Laín Entralgo, Vázquez Díaz, Benjamín Palencia, Joaquín Garrigues, Camilo J. Cela, Luis F. Vivanco, Gabriel Celaya, Buero Vallejo, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Aranguren, Julián Marías, Tierno Galván, María Manent, Salvador Espriu, Fernando Chueca, Rafael Lapesa, Faustino Cordón, José Hierro, José Romero Escassi, Eugenio de Nora, Blas de Otero, José Caballero Bonald, Fernando Baeza, Alfonso Sastre, Jesús y Francisco Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa, Moreno Galván, Francisco García Pavón, Alfredo Mañas, Julio Caro Baroja, Juan A. Bardem, García

[35] Precisamente, José María Castellet dirigió otras iniciativas asociadas al recuerdo de Antonio Machado: la antología *Veinte años de poesía española* y la colección poética *Colliure*; véase Carme RIERA, *La escuela de Barcelona,* Barcelona, Anagrama, 1988, pp. 167-172.

[36] Albert FORMENT, *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Anagrama, 2000.

Berlanga, Juan Goytisolo y Santiago Montero Díaz. Ridruejo tomó allí la palabra para recordar «cómo nuestro poeta supo hacer suyos todos los dolores y las esperanzas del pueblo español».[37]

Estaba claro que el régimen no iba a renunciar a lo que consideraba un «poeta nacional», la mayor parte de cuya obra se había desarrollado antes de la guerra, antes de que se dejara conducir «inocentemente» al terreno de la lucha política, antes de convertirse en el «propagandista propagandeado» que, poco después de su muerte, Ridruejo ya había querido incorporar a su causa. Pero la respuesta no podía ser, o no podía ser solo represiva, como demostraría la prohibición de otro homenaje celebrado en Baeza en 1966, durante el cual estaba previsto inaugurar un busto del poeta realizado por el escultor Pablo Serrano y que acabó con una carga policial, detenciones y multas, que se pudieron pagar gracias a una subasta en París de cuadros donados por artistas como Picasso, Miró, Calder o Max Ernst, y manuscritos de Sartre o Simone de Beauvoir. La represión se volvía contra la dictadura en forma de denuncia internacional, por eso la repatriación con todos los honores de los restos del poeta podía convertirse en un arma de propaganda muy útil para el régimen franquista en ese combate por la memoria.

Los restos de Antonio Machado, cuestión de Estado

El 7 de noviembre de 1957, la Real Academia de la Lengua creó una comisión para gestionar el traslado a España de los restos de Antonio Machado y cumplir así con «ese deber de españoles».[38] Por mediación de Gerardo Diego, el entonces subdirector del Museo de América y viejo amigo de la familia Machado, José Tudela, escribió a José Machado, residente en Chile y único hermano vivo tras el fallecimiento de Manuel en 1947.[39] El 16 de diciembre llegó su contestación: «No se puede aceptar un traslado mientras exista el Régimen actual por el cual él tuvo que salir de su Patria. Esto sería ir contra sus ideas».[40] El 3 de enero de 1958, el ministro de Asun-

[37] Gabriel CELAYA, *Poesía y verdad*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 128.
[38] «Los restos del poeta Antonio Machado», *ABC*, 10/11/1957, p. 65.
[39] *Traslado de los restos de Antonio Machado a España*, Madrid, 30/11/1957. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), R. 11491.
[40] *Nota informativa al director general de Relaciones Culturales sobre el expediente de traslado de los restos de Antonio Machado*, Madrid, 30/1/1967. AMAE, R. 11491.

tos Exteriores, Fernando María Castiella, escribía al ministro de Educación Nacional, Jesús Rubio, comunicándole que después de esa negativa «estimo, por lo tanto, salvo mejor opinión tuya, que es preferible no volver a tocar este asunto».[41]

En realidad, la iniciativa de la Real Academia había partido del Ministerio de Asuntos Exteriores, que había tanteado la opinión de José Machado en varias ocasiones durante los últimos años y ahora aceleraba las gestiones al tener noticia de un proyecto alentado por el Comité de Amigos de Machado, con el apoyo del músico Pau Casals, para erigir un mausoleo definitivo en la tumba del poeta.[42] Para las autoridades españolas se trataba, por un lado, de «que nuestro país no puede desinteresarse de la triste situación en que se encuentran los restos de una de sus figuras literarias más relevantes», como escribía el embajador español en París, José Rojas y Moreno, conde de Casa Rojas, y, por otro, de «una maniobra política que convendría frustrar».[43]

Ante la respuesta negativa de José Machado, la embajada española en París, siguiendo instrucciones enviadas desde Madrid, contrató los servicios del abogado Roger Blateau con el fin de conocer la legislación francesa sobre los posibles derechos al respecto de la viuda de Manuel Machado, retirada como religiosa en el Cotolengo, y de tres sobrinas residentes en Madrid, todas ellas favorables al traslado.[44] En marzo de 1958, tras una consulta al Ministerio de Justicia francés, el abogado presentó una petición para la repatriación de los restos al prefecto de los Pirineos Orientales, quien la denegó argumentando la oposición manifestada por el único hermano vivo del poeta. El 28 de julio de ese año, Blateau presentó un recurso ante el Ministerio del Interior francés protestando por la reinhumación en un nuevo mausoleo del cementerio de Collioure de los restos de Antonio Machado y su madre, llevada a cabo el día 15 en un acto organizado por el Comité de Amigos de Machado. Ninguna de esas gestiones tuvo éxito, y

[41] Carta confidencial de Fernando M. Castiella a Jesús Rubio, Madrid, 3/1/1958. AMAE, R. 11491.
[42] Carta del conde de Casa Rojas a Fernando M. Castiella, París, 17/10/1957. AMAE, R. 11491.
[43] Idem; carta confidencial del conde de Casa Rojas a Fernando M. Castiella, Madrid, 26/10/1957. AMAE, R. 11491.
[44] *Nota informativa al director general de Relaciones Culturales sobre el expediente de traslado de los restos de Antonio Machado*, Madrid, 30/1/1967. AMAE, R. 11491.

durante nueve largos años la embajada española en París envió cartas al Ministerio de Educación Nacional en Madrid reclamando la deuda de 3.000 francos adelantados en febrero de 1958 por la propia embajada en concepto de pago de los honorarios del abogado.[45]

Sin embargo, los homenajes con motivo del vigésimo aniversario de la muerte del poeta que se iban a celebrar al año siguiente en la Universidad de La Sorbona de París y en el pueblo de Collioure encendieron de nuevo las alarmas en Madrid. La invitación de la comisión organizadora a Joaquín Pérez Villanueva, director del Colegio de España en París, fue aprovechada por el Ministerio de Asuntos Exteriores para tratar de amortiguar en lo posible los previsibles efectos negativos para la imagen del régimen franquista, «porque es casi seguro que en uno y en otro acto se pronunciarán discursos en tono desabrido, si no hostil, imputándonos la muerte en el exilio, en circunstancias bien tristes de Antonio Machado», escribía el embajador en París, aunque «su muerte sería imputable a los que no le dispensaron un trato especial, teniendo en cuenta sus altos merecimientos y su débil resistencia física».[46] Pérez Villanueva había formado parte del equipo constituido por Joaquín Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación Nacional hasta el cese de este tras los sucesos de 1956, y precisamente esa condición de «derrotado» político le daba cierta apariencia liberal a los ojos de una parte del exilio y la oposición antifranquista, muy útil en aquellas circunstancias.

La estrategia elaborada de acuerdo con el ministro Castiella y el embajador Rojas consistió en que Villanueva diera una adhesión limitada a los actos, sin su presencia en persona, explicando que durante su reciente mandato como director general de Enseñanza Universitaria una delegación ministerial había visitado la tumba de Collioure en el verano de 1952 y, «con amplias ayudas y general comprensión», se había constituido la Asociación de Amigos de Antonio Machado, se le había dedicado una casa-museo en su residencia segoviana y se había celebrado el primer congreso centrado exclusivamente en el estudio de su obra. Se trataba de afirmar el carácter nacional del poeta, uno de «los grandes valores que honran nuestra

[45] Cartas de 1959, 1961, 1962, 1963, 1964, 1965 y 1968. AMAE, R. 11491.

[46] *Posible adhesión de Pérez Villanueva, Director de nuestro Colegio de la Ciudad Universitaria, al homenaje que se prepara en honor de Antonio Machado*, París, 20/2/1959. AMAE, R. 11491.

cultura y enriquecen nuestro común patrimonio de españoles», incluso presentándolo como un referente para la convivencia y un «ejemplo de moderación y de diálogo».[47] Aunque por detrás latía siempre la preocupación, expresada por el embajador, de que sucediera como con García Lorca, es decir, que en ambos homenajes organizados por un «grupo de franceses de los que se caracterizan por su hostilidad al régimen español» (caso de los hispanistas Charles Vicent Aubrun, Jean-Louis Sarrailh y Marcel Bataillon, o de los escritores Aragon y Sartre), se intentara «flamear el recuerdo de Antonio Machado, presentándolo como el poeta de las izquierdas, hostil a nuestro régimen y víctima de las consecuencias de nuestra guerra civil».[48] Como empezó a ser habitual en la diplomacia franquista a partir de esos años, el objetivo último era «despolitizar» el tema y ensalzar la «figura humana y poética de Machado, por encima de transitorias contingencias».[49]

Terminados los homenajes, la diplomacia franquista comprobó con satisfacción que el acto celebrado en La Sorbona se había desarrollado «sin ningún incidente político que consignar» y pese a sus promotores, «probadamente subversivos», las cosas habían ido «evolucionando hacia la moderación», en parte gracias a la gestión de Pérez Villanueva.[50] El régimen había contraatacado además con sus propios homenajes, como el organizado en Soria en paralelo a los de Collioure y Segovia, aunque fue el único que recogió la prensa, con un discurso del falangista Adolfo Muñoz Alonso.[51] También en Portugal el embajador español, el exministro de Educación José Ibáñez-Martín, había preparado un programa radiofónico subrayando «el carácter profundamente español e incluso la posición cristiana y metafísica de la obra del poeta», situándolo «totalmente al margen de la dialéctica política y enjuiciándolo [*sic*] simplemente como un auténtico valor nacional».[52]

---

[47] Carta de Joaquín Pérez Villanueva a M. Marras, febrero 1959. AMAE, R. 11491.

[48] *Posible adhesión de Pérez Villanueva, Director de nuestro Colegio de la Ciudad Universitaria, al homenaje que se prepara en honor de Antonio Machado*, París, 20/2/1959. AMAE, R. 11491.

[49] Carta de Joaquín Pérez Villanueva a M. Marras, febrero 1959. AMAE, R. 11491.

[50] Carta de José Luis Messía, consejero cultural de la embajada española en París, a José Miguel Ruiz Morales, director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, París, 9/3/1959. AMAE, R. 11491.

[51] *ABC*, 24/2/1959, p. 43.

[52] Carta de José Ibáñez-Martín a Fernando M. Castiella, 14/3/1959. AMAE, R. 11491.

La ambigüedad que subyacía, no obstante las declaraciones de sincera admiración, bajo esas operaciones destinadas a recuperar la obra y la figura simbólica de Antonio Machado queda demostrada por otras iniciativas. Así, Castiella ordenó en abril de 1959 la traducción al francés del ya citado prólogo a las *Obras completas* escrito por Ridruejo en octubre de 1940, para su difusión «por esa Embajada, en la forma más discreta» –es decir, sin pie de imprenta– «a fin de que surta el efecto de contrarrestar la propaganda política que han querido hacer con motivo del aniversario de la muerte».[53] Semejante maniobra confundió incluso a los encargados de llevarla a cabo, de manera que el consejero cultural de la embajada española en París, José Luis Messía, escribió al director general de Relaciones Culturales, José Miguel Ruiz Morales, preguntándole «cuál es el objetivo político en juego: si demostrar que un año después de muerto, la Editora Nacional publicó las obras completas de Machado o si poner al descubierto algunos antecedentes de la accidentada vida política de Ridruejo».[54] La diferencia era importante a la hora de decidir qué hacer con una polémica frase del texto de Ridruejo, aquella en la cual afirmaba que «murió allí ignorado, en soledad y desatendido», en «aquella Francia a quien Dios perdone, ya que los hombres le han dado su castigo», evidente referencia a la entrada poco tiempo antes de las tropas nazis en París. En el primer caso, de manera evidente, había que suprimirla, y, en el segundo, mantenerla e incluso subrayarla. La respuesta de Castiella a tan lógico planteamiento consistió en ordenar su envío «anónimamente y en sobres sin membrete, a hispanistas e intelectuales en general», así como a las revistas «que han publicado artículos con intención política sobre el tema», pero especificaba que «no deberá suprimirse el párrafo relativo a ese país, ya que abajo aparece firmado por un señor responsable».[55]

Aquella decisión no deja de resultar llamativa en alguien como Castiella, empeñado en dar una imagen exterior distinta de la dictadura respecto al pasado, cuando él mismo había sido coautor del libro *Reivindicaciones de España* (1941), un panfleto expansionista e imperialista de clara inspira-

[53] Carta de José Miguel Ruiz Morales a José Luis Messía, Madrid, 13/4/1959. AMAE, R. 11491.
[54] Carta de José Luis Messía a José Miguel Ruiz Morales, París, 18/4/1959. AMAE, R. 11491.
[55] Carta de José Miguel Ruiz Morales a José Luis Messía, Madrid, 23/4/1959. AMAE, R. 11491.

ción nazi.[56] Tan sorprendente que, primero, el agregado cultural, y poco después el mismo embajador en París le hicieron notar las consecuencias que podía tener esa publicación, «a subir el grado de calor de una polémica hoy casi apagada», temiendo que «los términos con que el autor del prólogo se refiere a Francia si bien le competen a él personalmente por llevar su firma, podrían ser explotados también con otros fines por nuestros enemigos, dado el carácter oficial de la Editora y el puesto desempeñado entonces por el Sr. Ridruejo». El embajador reiteró al ministro que «desde mi punto de vista no estimo conveniente facilitar pretextos para traer este asunto otra vez a la actualidad, teniendo en cuenta además las laboriosas y difíciles gestiones en curso para la repatriación de los restos de Machado».[57]

No sabemos si por fin el texto fue enviado, lo que sí sabemos es que para el régimen franquista siguieron los problemas a propósito de Machado. En 1962, el nuevo embajador en París, José María de Areilza, informaba a Madrid sobre la aparición de la editorial Ruedo Ibérico, destinada a «publicar libros españoles de calidad prohibidos por la censura española» y vinculada, como ya hemos señalado, al recuerdo del poeta con una edición de sus poemas y la concesión de varios premios literarios en Collioure.[58] Además, el recuerdo de Machado se asoció a las nuevas luchas del antifranquismo, como la campaña de protestas por el fusilamiento del dirigente comunista Julián Grimau en 1963. Por ejemplo, en mayo de 1964, la embajada española en Italia informaba al ministro de Asuntos Exteriores sobre un «acto antiespañol del comunismo italiano en torno a Antonio Machado» con motivo del 25 aniversario de su muerte, que había tenido lugar en el teatro Eliseo de Roma con la presencia de Alberti y Teresa León, y la adhesión de la viuda de Grimau, del dirigente comunista Luigi Longo y de escritores españoles como Celaya, Ferres, Hortelano, Salinas, Pacheco, Castellet, José A. Goytisolo y Barral.[59]

[56] Junto a José María de Areilza, nombrado embajador en París en 1960, un relevo en la embajada en el que probablemente influyó el desacuerdo en este tema; carta de José Luis Messía a José Miguel Ruiz Morales, París, 4/5/1959. AMAE, R. 11491.
[57] Carta del conde de Casa Rojas a Fernando M. Castiella, París, 4/5/1959. AMAE, R. 11491.
[58] Carta de José M. de Areilza a Fernando M. Castiella, París, 12/3/1962. AMAE, R. 11491.
[59] Carta de Alfredo Sánchez Bella a Fernando M. Castiella, Roma, 21/5/1964, e *Informe de la embajada al ministro*, 25/5/1964. AMAE, R. 7524 Exp. 5.

El club de los poetas muertos

En aquel y en otros actos no habían faltado las referencias a otros dos poetas muertos en la guerra y la inmediata posguerra: Federico García Lorca y Miguel Hernández. Las autoridades franquistas hicieron también algunos intentos de recuperación de ambos poetas, pero las circunstancias de sus respectivas muertes, más que su compromiso político en vida, lo hacían difícil. El Ministerio de Asuntos Exteriores incluso buscó un artículo de José M. Pemán sobre García Lorca para utilizarlo fuera de España, como quiso hacer con el de Ridruejo sobre Machado, aunque fue en vano, porque ni el propio autor recordaba haber escrito nada dedicado exclusivamente a la muerte del poeta. Sin embargo, sí existía un texto suyo aparecido en *ABC* en 1948 en el que, al glosar la figura de Lorca, se refería a las circunstancias de su muerte, considerándolas un episodio aislado:

> La muerte de Federico García Lorca, el gran poeta granadino, es uno de los cargos que más vulgarmente se utilizan contra España en toda la América de habla española. También es cierto que, a pesar del continuo y polémico manejo del tópico, va abriéndose ya camino la sencilla verdad de que la muerte del poeta fue un episodio vil y desgraciado, totalmente ajeno a toda responsabilidad e iniciativa oficial […]. García Lorca no fue nunca, siquiera, un poeta de ideas, de entonación civil y social. Cantó con angustia interminable la pena y la luna. Pero, en manos de un poeta, bastan la luna y la pena, por lo visto, para oponerse a un régimen […]. Es peligroso hacer leyenda con historia tan reciente. Es peligrosa la transformación, tan rápida, en «mito público», de una personalidad tan «privada»: tan desconcertante, gitana, mística y sensual […]. Sea cualquiera el juicio que se tenga de García Lorca (el mío es arrebatadoramente favorable) su característica es la de ser autóctono como una isla, intransferible como una pena […]. Paz al poeta: al poeta grande y desgraciado que está más allá de la utilización política de su muerte vil.[60]

Se procedía así a utilizar las dos estrategias ya vistas en la recuperación de Antonio Machado, la nacionalización y la despolitización, que también entraron en juego con Miguel Hernández. Así, en 1955, el exministro Eduardo Aunós escribía como director del Círculo de Bellas

[60] José María PEMÁN, «García Lorca», *ABC*, 5/12/1948; *OID*. *Nota para el Sr. Ministro*, Madrid, 25/11/61, AMAE, R. 29.801.

Artes de Madrid a Florentino Pérez Embid, director general de Información, para pedirle que se interesara por un libro de Juan Guerrero Zamora, la primera biografía extensa del poeta que se iba a publicar dentro de España, pero que sufría retrasos por culpa de la censura:

> Mi finalidad al publicar ese libro es primordialmente evitar que Miguel Hernández se convierta en una barrera de combate frente a nosotros, como ha ocurrido con García Lorca. En América se va a publicar dentro de poco un libro sobre el mismo tema, francamente hostil al régimen. Mi finalidad es que llegue el nuestro antes y desvanezcamos la mentira sin esperar al ataque […]. Es una exposición clara, precisa y contundente, de la espiritualidad católica de Hernández […]. En el libro de Guerrero queda probado sin sombra de duda, la muerte natural de Hernández. ¿Daremos lugar con nuestras dilaciones a que sea una leyenda sangrienta? Espero que tu buen sentido lo evitará.[61]

En efecto, el libro de Guerrero Zamora reducía la carga ideológica de la obra más comprometida de Miguel Hernández, caso de *Viento del pueblo*, y atribuía su deriva política a la ingenuidad y a una débil personalidad sobre la que «malas compañías», como Neruda o Alberti, habrían ejercido una nefasta influencia. Una argumentación no por casualidad muy semejante a la usada con Machado. Las ideas de integración en un patrimonio nacional y despolitización aparecían otra vez de manera explícita, por ejemplo, cuando afirmaba que «ser íntegros en cuanto españoles es integrar a la historia de un poeta que le pertenece, recordándole, para ello, el valor de su obra y la honradez que personalmente tuvo, con olvido de sus creencias políticas». Además, afirmaba que el poeta jamás había llegado a perder la fe, que el trato dispensado en las cárceles franquistas había sido «excepcional», y que era una «lástima que pasando el tiempo no viera, en los ideales de Franco, esos mismos ideales de amor, de respeto, en suma: de justicia social, que él tenía», mientras las «trincheras» que él cavaba «solo servirán para acotar el crimen».[62] También el por entonces joven falangista Jaime Campmany escribió una reseña del libro en

[61] AGUN, Fondo Florentino Pérez Embid, caja 114.
[62] Cfr. Juan GUERRERO ZAMORA, *Miguel Hernández. Biografía emocionante de un poeta, de su obra y de nuestro tiempo*, Madrid, Ediciones y Publicaciones, 1955.

una revista del SEU, *Juventud*, en la que reivindicaba los valores culturales de Miguel Hernández por encima de las vicisitudes políticas.[63]

Si, como había escrito Pemán en ese texto, los políticos tenían «que lidiar todavía con los poetas muertos», no menos debían hacerlo con los vivos, tanto dentro como fuera de España. En el exilio republicano algunos fueron especialmente activos, como León Felipe, Rafael Alberti, Juan Rejano o Marcos Ana, sobre quienes informaron en gran medida las embajadas, consulados y servicios de información franquistas. En especial sangrante fue el caso de Juan Ramón Jiménez, quien recibió el premio Nobel en 1956 pese al apoyo de las autoridades españolas a la candidatura de Menéndez Pidal.[64] En varias ocasiones, estas ofrecieron a Juan Ramón Jiménez la posibilidad de volver a España, un ofrecimiento en el que Joaquín Ruiz-Giménez puso mucho empeño durante su paso por el Ministerio de Educación Nacional, como hizo con otros intelectuales exiliados, hasta que acabó desistiendo.[65] En España, la noticia del Nobel se difundió ensalzando su españolidad y sin hacer referencias a su condición de exiliado político, a menudo junto a la idea de que pensaba regresar pronto.[66] Tras su fallecimiento en 1958, su cadáver fue trasladado a España junto al de su esposa Zenobia, pero esta ocasión demostró, una vez más, las limitaciones de tales maniobras de recuperación por parte el régimen, ante el temor de que pudieran volverse finalmente en su contra. De manera que el cortejo fúnebre cruzó Madrid de manera discreta, pasando inadvertido incluso por la feria del libro, con una única parada en una céntrica plaza para rezar un responso y seguir viaje rumbo a Moguer, donde sí le esperaba una multitud y unos pocos amigos, entre ellos el pintor Vázquez Díaz.[67]

Ese proceso paralelo determinado, por una parte, por el creciente desafío de la oposición antifranquista, activa sobre todo en el frente cultural, y, por otra, por los intentos de algunos sectores del régimen de modernizar

[63] *Juventud*, 20/7/1955.
[64] José María MASSIP, «La nostalgia de Juan Ramón», *ABC*, Sevilla, 27/10/1956; Lola GALÁN, «Juan Ramón, Nobel a pesar de España», *El País*, 18/11/2007; José C. MAINER, «Una revisión de la Guerra Civil: Punta Europa (1956)», en Francisco J. LORENZO PINAR (coord.), *Tolerancia y fundamentalismos en la Historia: XVI Jornadas de Estudios Históricos*, Universidad de Salamanca, 2007, pp. 265-280.
[65] Carta a Alfredo Sánchez Bella, director del Instituto de Cultura Hispánica, 16/7/1956. Archivo Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid.
[66] «Juan Ramón Jiménez representa la altiva tradición poética de España», *ABC*, 26/10/1956.
[67] *ABC*, 5 y 6/6/1958.

y relegitimar la dictadura a través de nuevas formas de consenso social, hicieron que la idea de repatriar los restos de Machado fuera retomada por el activo Manuel Fraga Iribarne, nombrado ministro de Información y Turismo en el cambio de gobierno de 1962. El 2 de diciembre de 1966 escribió a Castiella que, «una vez inaugurado el Parador Antonio Machado en Soria, parece llegado el momento de plantear de nuevo el tema, después del fallecimiento de su hermano José», en diciembre de 1958 en Chile. Pero temía que este, antes de morir, hubiera encomendado su voluntad contraria al traslado a algunas personas, en concreto al hispanista francés Marcel Bataillon, con quien el propio Castiella había protagonizado un incidente en 1948 cuando era embajador en Lima.[68] Fraga quería conocer la opinión de su colega de Asuntos Exteriores antes de iniciar cualquier gestión, empezando por establecer contacto con las sobrinas del poeta con vistas a una posible reclamación española al respecto.[69] Castiella, sin embargo, mostró sus reservas hacia un tema que le parecía «sumamente delicado en el que, por el momento, no deberíamos actuar si no tuviéramos muchas seguridades de que no iba a traer consecuencias políticas enojosas», pues se temía que la figura de Machado, ya «más que una coincidencia nacional», lo que iba a suscitar eran «más disputas y diferencias».[70]

Conclusión

Los intentos de asimilación parcial e interesada de la figura y la obra de Antonio Machado, así como, en menor medida, de otros poetas como García Lorca o Miguel Hernández, interesan a los historiadores del franquismo por partida doble. Por un lado, ilustran las contradictorias formas de legitimación social del régimen y, al mismo tiempo, sus intentos de contrarrestar la denuncia llevada a cabo por los exiliados y, cada vez más, por la oposición antifranquista dentro de España, que tuvieron en este «frente cultural» sus mejores bazas para deslegitimar la dictadura. Por otro lado, esos intentos de relegitimación en un nuevo contexto internacional evidenciaron las diferencias y tensaron las relaciones entre las dos principales maneras de interpretar la guerra y la victoria: la que trató de integrar esos valores en un proyecto de regeneración nacionalista, al

[68] 1948. AMAE. R. 4922. Exp. 21.
[69] Carta de Manuel Fraga a Fernando M. Castiella, Madrid, 2/12/1966. AMAE, R. 11491.
[70] Carta de Fernando M. Castiella a Manuel Fraga, Madrid, 22/12/1966. AMAE, R. 11491.

principio de naturaleza totalitaria, para construir un patrimonio cultural sobre el que basar la tan deseada «unidad de destino en lo universal», y la que trató de separarlos como una «hiedra» del supuesto tronco de la cultura patria, es decir, la nacionalcatólica.[71]

Ambos procesos se alimentaron mutuamente, también en su conflicto, y situaron a los intelectuales en el centro de la polémica, aunque de manera menos definida de lo que a menudo suele decirse. De manera que si los intelectuales falangistas reunidos en torno a la revista *Escorial* dirigieron ese proyecto de asimilación o «comprensivo» como lo llamó Ridruejo,[72] con especial intensidad en dos momentos (1939-1941 y 1951-1956), los intelectuales nacionalcatólicos, y en particular los monárquicos herederos de *Acción Española* y vinculados al Opus Dei, se opusieron a él desde una posición antiintelectualista de tradición católica y reaccionaria. Así, en 1955, el secretario general del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta, declaraba que:

> […] poesía española son Lope, Góngora y Quevedo; pero poesía española son Guillén y Lorca; cultura española son Balmes, Menéndez Pelayo, Maeztu, Ganivet y Unamuno; elocuencia es Donoso Cortés y elocuencia Castelar. Mientras no se reconozca así España seguirá siendo un problema; cuando todos queremos que no lo sea.[73]

Por el contrario, en 1953, el general Vigón escribía a Florentino Pérez Embid que algunas revistas tendrían que hacer no la lista o *currículum vitae* de sus colaboradores, sino de «los sujetos expuestos a la admiración de los lectores: Zubiri, Lorca, Guillén, Unamuno, Ortega, Aleixandre, Riba, Neruda y el mismo Panero».[74]

Sin embargo, como hemos visto con motivo de la carta de Aunós a Pérez Embid, tampoco estos últimos pudieron permanecer ajenos a cierta idea de integración cultural, en parte por su relativa incapacidad a la hora de imponer totalmente su proyecto dentro del bloque de poder franquista, pero,

[71] La metáfora de la «hiedra en el edificio de la auténtica España» la había utilizado Ramiro de Maeztu para referirse a los heterodoxos.
[72] Dionisio RIDRUEJO, «Excluyentes y comprensivos», *Revista*, n. 1, 17/4/1952.
[73] Raimundo FERNÁNDEZ CUESTA, *Afirmación falangista. Viejas y nuevas consignas*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1953, p. 103.
[74] Carta del 13/10/53, en Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, PUV, 2008, p. 560.

sobre todo, por su fracaso para hacerlo creíble entre sus destinatarios «naturales», es decir, las emergentes clases medias urbanas. En esas recuperaciones había tanto de sincero reconocimiento como de interés instrumental, aunque no es fácil distinguir dónde empieza uno y dónde termina el otro. Lo que sí podemos concluir es que esos intentos fracasaron por su misma ambigüedad, que no les permitió afrontar el reto cada vez mayor de la cultura de oposición, que acabaría siendo casi hegemónica entre los jóvenes, los universitarios y los grupos sociales emergentes.

Como sabemos, eso no significa que los proyectos de repatriación de Machado se aparcaran de manera definitiva. En los años siguientes todavía se sondeó la posibilidad de facilitar el regreso a España y ayudar económicamente a la viuda e hijas de José Machado para «que pudiesen acceder a cualquier petición por nuestra parte», y se sucedieron las iniciativas de instituciones y ayuntamientos, como el de Soria.[75] Tras la muerte del dictador, y durante la transición a la democracia, los gobiernos de la Unión de Centro Democrático (UCD) tampoco renunciaron a la idea de legitimarse en un símbolo como Machado, como denunció José Bergamín en 1979 al criticar a los «fariseos» que querían continuar «el tráfico indecoroso de cadáveres ilustres que inició el franquismo para enmascarar malas conciencias».[76] Tampoco ahora se trataría de reivindicar su legado político ni la memoria republicana, sino de utilizarlo con el fin de superar el imaginario de las «dos Españas» tan asociado a su nombre, revestido de manera pública de cierto poder taumatúrgico para dar por cicatrizada la herida de la guerra civil.

[75] «Soria. Traslado de los restos de Machado», *ABC*, 3/9/1969.
[76] Carta al director de *El País*, citada en Juan José COY, *Antonio Machado. Fragmentos de biografía espiritual*, Junta de Castilla y León, 1997, p. 283.